

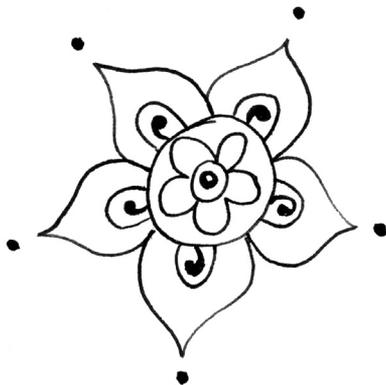
Zena el Khalil



Beirut, I love you

Traducción del inglés de
Clara Ministrál

Ilustraciones de la autora



Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <<http://www.cedro.org>> www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Beirut, I Love You: A Memoir*
En cubierta: detalle de *In the name of the Father, the Son, and the Holy Gun* (2008), de Zena el Khalil

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Zena el Khalil, 2008

© De la traducción, Clara Ministral

© Ediciones Siruela, S. A., 2009

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-331-1

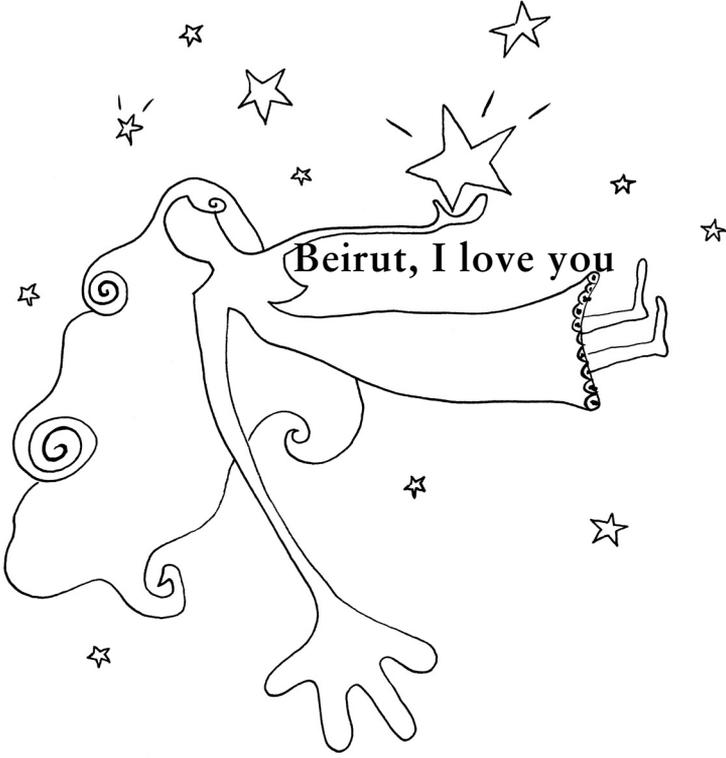
Depósito legal: M-24.492-2009

Impreso en Closures-Orcoyen

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Beirut, I love you



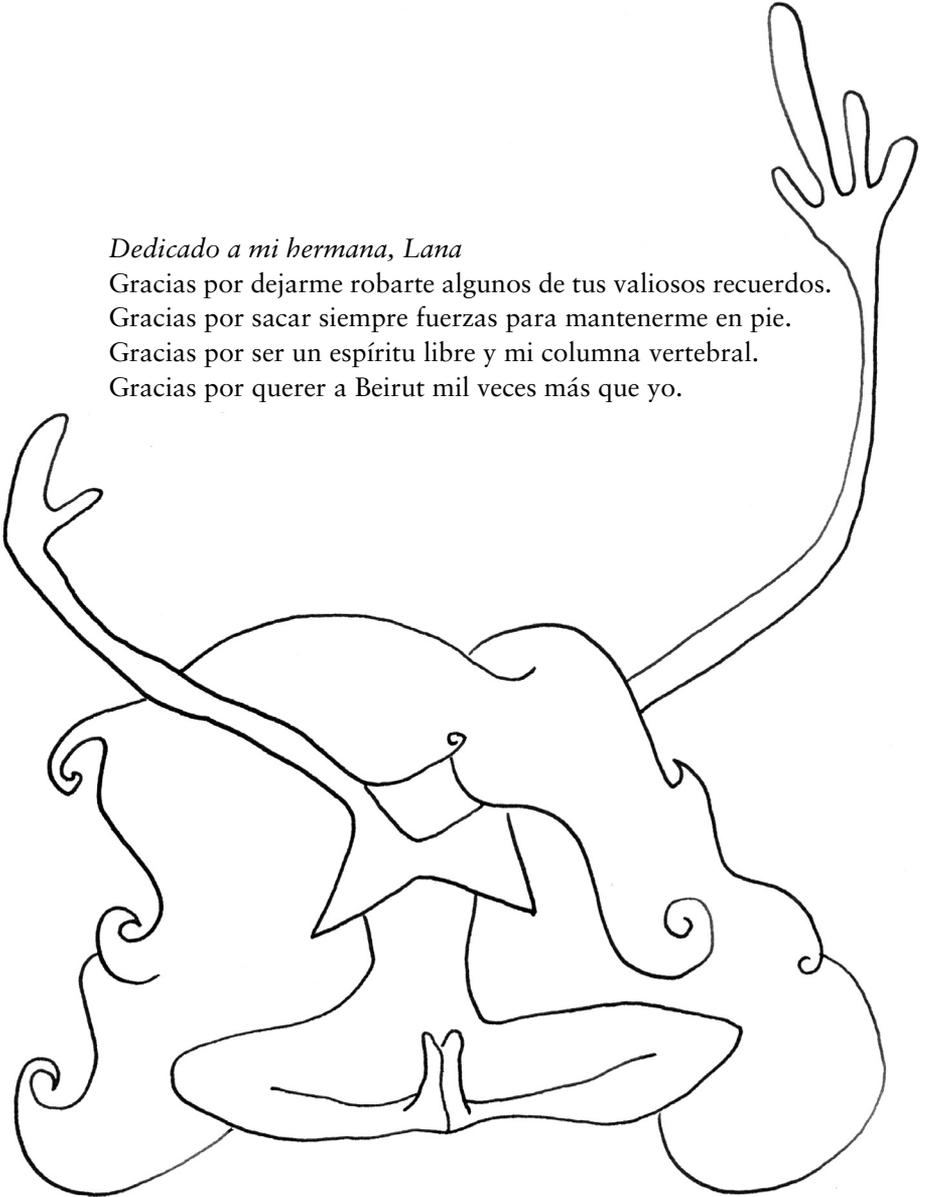
Dedicado a mi hermana, Lana

Gracias por dejarme robarte algunos de tus valiosos recuerdos.

Gracias por sacar siempre fuerzas para mantenerme en pie.

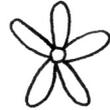
Gracias por ser un espíritu libre y mi columna vertebral.

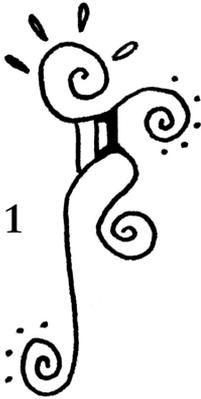
Gracias por querer a Beirut mil veces más que yo.



Llueve. Fuera, en el alféizar, se forman diminutos charcos de lluvia que después caen, después vuelven a formarse y de nuevo caen, como suicidios colectivos. El sonido de las gotas de agua al golpear la ventana es ensordecedor; tanto como los rumores.

Maya Ghannoum 





La línea que separa los sueños de la realidad es delgada. Cuando nací, mi padre le regaló un colgante a mi madre. Tenía forma de ancla. Muchos años después, perdí ese colgante. Me lo había quitado del cuello durante un partido de baloncesto y alguien lo robó del banquillo. Estaba furiosa conmigo misma por haber perdido el objeto que simbolizaba mi nacimiento de una forma tan patética. Aquello fue una señal de lo que estaba por venir. No dejaría de perder las cosas que amaba.

A veces me pregunto si aquel colgante existió de verdad. A veces me pregunto incluso si yo soy real. Me miro las manos y los pies; confirman que existe un cuerpo, pero nunca puedo verme la cara. Me miro fijamente en los espejos y sólo encuentro un par de vulgares ojos castaños. Si me quedo mirando el tiempo suficiente, los ojos se convierten en los de otro ser. Al otro lado del espejo, salgo de mí misma. Este juego me asusta y me aparto tras sólo unos segundos. Es aterrador enfrentarte a ti mismo, ver lo que eres en realidad. Ver que podrías ser real. Que tus responsabilidades son reales. Que tu vida está ahí de verdad.

Interactuando.

Existiendo.

No recuerdo mi nacimiento, no recuerdo cómo empezó todo esto, pero sí recuerdo mi muerte. Recuerdo cómo morí antes de regresar a este mundo como la persona que soy

ahora. Fui de la oscuridad a la oscuridad, y después a la luz.
Pero ahora vuelve a estar oscuro.

Amrika, existes ahora. Pero nada dura eternamente.

Maya, siempre estarás en mi corazón. En mi sangre.

Beirut, eres igual que yo. Caminas por esa delgada línea.
Tienes un gran corazón, pero será ese corazón el que acabe contigo. Beirut, soy tu parásito, competimos por el amor.

Al final, una de las dos tendrá que admitir la derrota.

Mientras tú te diviertes con esos partidarios de la guerra con las manos manchadas de sangre, yo te robaré el vino y la poesía.

El poeta siempre gana.

El poeta siempre gana.

Recuerdo el momento en el que decidí que sería artista. No fue fácil. En mi familia, todo eran números y ganancias. El arte, la poesía y la literatura no se tomaban en serio. Pero aquel decisivo viaje a Roma a mediados de los ochenta, planeado como una gran fiesta de las compras, cambió mi destino. Recuerdo que estaban de moda los pendientes fosforescentes y las grandes hombreras. Caminando por Via Condotti y Via Veneto, mi madre se dio cuenta de que sentía un anhelo en mi interior que las compras en las *boutiques* no conseguirían satisfacer. Me llevó al Vaticano, a la basílica de San Pedro. Y entonces vi la *Piedad* de Miguel Ángel. No necesité nada más.

Estaba convencida.

Tengo una fotografía en la que salgo yo delante de la estatua (entonces no estaba detrás de un cristal) con un bolso de Fendi, de rayas marrones y negras. Al mirar a la Virgen a los ojos, supe que estaba destinada a algo mejor que el trozo de piel que colgaba de mi hombro izquierdo. Miré a mamá, que me agarraba la mano para asegurarse de que no me alejara, y pensé que por fin habíamos establecido una verdadera conexión. Su cabello oscuro estaba encrespado por el calor y las pequeñas gotas de sudor se acumulaban alrededor de su frente. En un día normal habría sido imposible sorprender así a mamá. Es como Sophia Loren, tanto en su

apariencia como en su espíritu: la «reina de todo lo bueno y lo bello». Adoro a esa mujer.

A las dos.

Miré a la Madonna y le di las gracias por haber traído a mamá a la tierra durante al menos unos minutos, ya que fue entonces, y sólo entonces, cuando comprendí que tenía que ser artista.